

## Sumario

*Monseñor Andrés Stanovnik, Secretario General del CELAM, presenta en este artículo las claves principales de lectura del Documento de Participación, las cuales van precedidas de dos reflexiones teológico pastorales: la primera, sobre la Conferencia General como ejercicio de la comunión episcopal; la segunda, sobre la relevancia de la participación como nota esencial de estas reuniones episcopales. El autor explicita luego las claves de lectura: "el encuentro con Jesucristo", fundamento de la identidad, la vocación y la misión; "Discípulos y misioneros de Jesucristo", como clave central; "la comunión eclesial", dimensión esencial de la identidad y la misión; una lectura creyente de la realidad "al inicio del Tercer Milenio"; el compromiso del discípulo en la transformación del mundo "para que nuestros pueblos en Él tengan vida"; y "la misión continental". Finalmente, este proceso de preparación a la VCG debe estar animado por la clave de la conversión personal y comunitaria.*

# Claves de lectura para el documento de participación

**Monseñor Andrés Stanovnik**

*Obispo de Reconquista-Argentina*

*Secretario General del CELAM*

## Introducción

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (VCG) se propone abordar, a la luz de la fe y de las grandes orientaciones recibidas del magisterio pontificio, principalmente en *Ecclesia in America, Novo Milenio Ineunte, Pastores Gregis* y en *Ecclesia de Eucharistia*, los desafíos nuevos y urgentes que vive la Iglesia en América Latina y el Caribe en la hora actual, para buscar y acordar juntos líneas pastorales que orienten y animen la identidad católica de nuestros pueblos, y den un nuevo y fuerte impulso evangelizador a todo el continente.

Éste es el contexto eclesial en el cual nos movemos con el propósito de identificar aquellos elementos que nos faciliten la lectura, comprensión y utilización del *Documento de Participación (DPA)*. Este Documento es el instrumento más inmediato y universal, a través del cual podemos participar activamente en la preparación de la VCG, que se celebrará en el mes de mayo de 2007 en Aparecida, Brasil. Es un instrumento inmediato porque es el medio que tenemos más "a la mano" para concretar nuestra participación. Y es, a la vez, un instrumento universal porque está disponible para todo aquel que desee familiarizarse con él. El Documento va acompañado de un subsidio pedagógico en forma de *Fichas*, para hacerlo más accesible y didáctico, y ampliar al máximo posible el círculo de participación de los agentes pastorales y de las comunidades.

Hoy es posible acceder a este material a través del portal de la V Conferencia. Allí se podrá encontrar, además, información muy útil acerca de cómo trabajar con el Documento y las fichas. Por su parte, las Conferencias Episcopales de América Latina han hecho publicaciones de este material y lo han enviado a las Iglesias particulares, a fin de que las comunidades y todos los que estén interesados puedan hacer uso del mismo.

Como decíamos, las reflexiones que siguen quieren ofrecer aquellos elementos que faciliten la lectura de dicho material. Cuando decimos lectura, entendemos que se trata de una lectura comprensiva, que nos permita “entrar” en el texto y familiarizarnos con su contenido. Para ello, es oportuno hacer una reflexión sobre las claves que nos ayuden a hacer ese “ingreso”, a fin de poder comprender el texto.

Una primera clave es la V Conferencia General. El *DPA* se ubica en ese contexto. Por eso, el primer capítulo de esta reflexión está dedicado a la VCG, como tal, visto en su naturaleza como acontecimiento de colegialidad episcopal. Tratándose de un acontecimiento eclesial, es ineludible que enseguida destaquemos la actitud creyente, como condición necesaria para una adecuada lectura del acontecimiento en sí mismo y, en ese marco, del Documento que ayuda a prepararlo.

Esto nos dispone a detenernos luego en la clave principal. La misma está contenida en el tema de la V Conferencia: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida” – “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (*Jn* 14, 6). Para introducir esta clave, presentaremos una breve evolución y definición del tema.

La VCG y el tema que nos ha entregado el Santo Padre nos llevarán directamente al *DPA*, para preguntarnos de qué estamos hablando cuando decimos *Documento de Participación* y qué alcance le damos al término “participación”. Esto pondrá de relieve el método de preparación de la V Conferencia, otra clave importante de lectura, cuyo principal instrumento es el Documento y las fichas que lo acompañan.

En el tercer capítulo entraremos en el contenido del *DPA*, tratando de destacar sus puntos esenciales y sus claves de lectura al interior del texto mismo que, como veremos luego, se encuentran expresados en los títulos que encabezan sus diversas partes.

## **I. LA V CONFERENCIA GENERAL: EJERCICIO DE COMUNIÓN EPISCOPAL**

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano remite a las cuatro Conferencias anteriores celebradas en Río de Janeiro (1955),

Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), y evoca la memoria de estos grandes acontecimientos eclesiales con un profundo sentido de gratitud a Dios por el medio siglo de historia que lleva esta experiencia de colegialidad episcopal en nuestro Continente y de efectiva y afectiva comunión cum *Petro et sub Petro*.

Esta modalidad colegial se desprende del Decreto Conciliar *Christus Dominus*, donde se afirma que “la misma potestad colegial<sup>1</sup> pueden ejercerla conjuntamente con el Papa los Obispos dispersos en toda la tierra, con tal que la Cabeza del Colegio los convoque a una acción colegial o, a lo menos, apruebe o reciba libremente la acción unida de los obispos dispersos, de forma que se constituye un verdadero acto colegial”<sup>2</sup> (*Capítulo 1*, n. 4). Luego, en *Apostolos Suos*<sup>3</sup>, se afirma que “la suprema potestad que el cuerpo de los Obispos posee sobre toda la Iglesia no puede ser ejercida por ellos si no es colegialmente, ya sea de manera solemne reunidos en Concilio ecuménico, o dispersos por el mundo, a condición de que el Sumo Pontífice los convoque para un acto colegial o al menos apruebe o acepte su acción conjunta”.

A diferencia de una Conferencia Episcopal, la Conferencia General no se concibe si no es convocada por el Santo Padre o acepte su acción conjunta. La pregunta que nos podemos hacer es si esta modalidad colegial, contenida en la doctrina conciliar de la colegialidad, puede

<sup>1</sup> Se refiere a la potestad del Colegio de los Obispos.

<sup>2</sup> Luego de que el Papa Juan Pablo II acogiera favorablemente la petición de celebrarse la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, surgieron algunas observaciones acerca de la vigencia de estas reuniones episcopales. Esas observaciones dieron lugar a una amplia consulta entre los Obispos, lo cual permitió ahondar la naturaleza y finalidad de las Conferencias Generales. Las respuestas que se recibieron valoraban la expresión de esta colegialidad y fundamentaban su vigencia. El citado número del Decreto Conciliar fue aportado por uno de los consultados que describió así la finalidad de estas reuniones: “La Conferencia General del Episcopado tiene un carácter eminentemente pastoral. Los obispos analizan la vida de la Iglesia en sus territorios, descubren los aspectos positivos y negativos, identifican los problemas comunes, y deliberan de común acuerdo sobre las soluciones y líneas de acción pastoral, salvo siempre el derecho de cada obispo en su Diócesis, a menos que algunos puntos importantes, a petición de la Conferencia, sean aprobados por el Santo Padre con carácter de obligatoriedad para todos.”

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Apostolos Suos*, Carta Apostólica en forma de Motu proprio sobre la naturaleza teológica y jurídica de las Conferencias de los Obispos, Roma, 21 de mayo de 1998.

algún día constituirse una práctica más frecuente en la Iglesia universal y encontrar una forma canónica permanente. Actualmente, sabemos, que esta modalidad de ejercicio de la colegialidad episcopal no fue asumida en el cuerpo legislativo de la Iglesia. Por eso, es el Papa quien aprueba un Reglamento propio para cada Conferencia General.

En las cuatro Conferencias Generales, fue muy importante la presencia y la palabra orientadora del Santo Padre. Podemos recordar que, excepto la I Conferencia, en todas las demás estuvo presente el Papa. Su discurso inaugural marcó profundamente la reflexión de los Obispos. Además, en todos los discursos, incluyendo la carta que envió el Papa Pío XII a los Obispos, reunidos en la I Conferencia General, podemos recoger algunas valiosas expresiones que reflejan la estima y el reconocimiento que los Papas han tenido de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano<sup>4</sup>. Ya en la I Conferencia General

4 “Después que cada uno de los sagrados Pastores haya realizado el trabajo preparatorio de examinar el presente estado y estudiar los remedios, se reunirán, en fecha próxima, en conferencia general los representantes delegados de las diversas provincias eclesiásticas y de las circunscripciones misioneras de América Latina, para confrontar en común los resultados del estudio efectuado y sacar, de mutuo acuerdo, preciosas conclusiones prácticas conducentes a un más gozoso florecer de la vida católica en el continente entero” (S.S. Pío XII, *Ecclesiam Christi*, n. 4, Río de Janeiro, 29 de junio de 1955).

“Permitid que condensemos brevemente en algunos párrafos lo mucho que tenemos en el corazón, para vuestro momento presente y para vuestro próximo futuro. No esperéis de Nos tratados completos; las reuniones de vuestra Segunda Asamblea General de Episcopado Latinoamericano, que sabemos preparadas con tanto esmero y competencia, abordarán más a fondo vuestros problemas. Nos limitamos a indicaros una triple dirección a vuestra actividad de Obispos, sucesores de los Apóstoles, custodios y maestros de la fe y Pastores del Pueblo de Dios” (Pablo VI, *Discurso de Apertura*, Medellín, 24 de agosto de 1968).

“La Conferencia que ahora se abre, convocada por el venerado Pablo VI, confirmada por mí inolvidable predecesor Juan Pablo I y reconfirmada por mí como uno de los primeros actos de mi pontificado, se conecta con aquella, ya lejana, de Río de Janeiro, que tuvo como su fruto más notable el nacimiento del CELAM. Pero se conecta aún más estrechamente con la II Conferencia de Medellín, cuyo décimo aniversario conmemora” (Juan Pablo II, *Discurso Inaugural*, Puebla 28 de enero de 1979).

“En este encuentro eclesial sentimos muy viva la presencia de Jesucristo, Señor de la historia. En su nombre se reunieron los Obispos de América Latina en las anteriores Asambleas —Río de Janeiro en 1955; Medellín en 1968; Puebla en 1979—, y en su mismo nombre nos reunimos ahora en Santo Domingo, para tratar el tema «Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana», que engloba las grandes cuestiones que, de cara al futuro, debe afrontar la Iglesia ante las nuevas situaciones que emergen en Latinoamérica y en el mundo” (Juan Pablo II, *Discurso Inaugural*, Santo Domingo, 12 de octubre de 1992).

podemos recoger expresiones de gratitud y reconocimiento de parte de los Obispos sobre lo que significó la presencia de la palabra del Papa en ese encuentro: “Nos ha sido motivo de sumo consuelo y aliento la generosísima participación que el Augusto Pontífice gloriosamente reinante ha querido tomar en nuestra Asamblea, sobre todo dirigiéndonos las importantísimas letras apostólicas *Ad Ecclesiam Christi*, que constituyeron para nosotros la *Magna Charta* en los trabajos y en las conclusiones de la Conferencia (*Conclustones*, Río de Janeiro, 4 de agosto de 1955).

Como podemos notar, todo este esfuerzo de comunión fraterna y de corresponsabilidad pastoral, ocurre en profunda comunión con el Santo Padre. Es él quien acoge el propósito de reunirse y el tema que se ha elegido, quien convoca la reunión y sus participantes, quien aprueba, precisa y enriquece el tema propuesto, quien ilumina la reflexión con los Documentos que le ha confiado a la Iglesia sobre las materias que se traten, quien abre la Asamblea y la orienta con su discurso inicial, quien envía a colaboradores suyos y a otros obispos a fin de que participen en la Asamblea y profundicen juntos la comunión con la Iglesia universal, y quien recibe, acoge y da su aprobación a las conclusiones del modo que estima más adecuado, para vigorizar la conducción pastoral con “nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones”.

Desde esta perspectiva, podemos traer a colación una bellísima consideración que hace Juan Pablo II en *Pastores gregis* sobre el ministerio pastoral que recibe el Obispo en la consagración y aplicarlo, por extensión y analogía, a la Conferencia General, como cuerpo colegial. Dice el texto: “El ministerio pastoral recibido en la consagración, que pone al Obispo «ante» los demás fieles, se expresa en un «ser para» los otros fieles, lo cual no lo separa de «ser con» ellos. Eso vale tanto para su santificación personal, que ha de buscar en el ejercicio de su ministerio, como para el estilo con que lleva a cabo el ministerio mismo en todas sus funciones. La reciprocidad que existe entre sacerdocio común de los fieles y sacerdocio ministerial, y que se encuentra en el mismo ministerio episcopal, muestra una especie de «circularidad» entre las dos formas de sacerdocio: circularidad entre el testimonio de fe de todos los fieles y el testimonio de fe auténtica del Obispo en sus actuaciones magisteriales; circularidad entre la vida santa de los fieles y los medios de santificación que el Obispo les ofrece; circularidad, por fin,

entre la responsabilidad personal del Obispo respecto al bien de la Iglesia que se le ha confiado y la corresponsabilidad de todos los fieles respecto al bien de la misma" (*Pastores gregis*, 10).

Es muy bella, profunda y clara la relación que plantea el Papa Juan Pablo II con la imagen de la circularidad entre las dos formas de sacerdocio. En esta función circular, el Obispo es un "ser para" los fieles y, al mismo tiempo, un "ser con" ellos. Esto recuerda la feliz expresión de San Agustín "con ustedes soy cristiano, para ustedes soy obispo"<sup>5</sup>. Estos pensamientos nos pueden ayudar a desentrañar elementos muy valiosos para fundamentar e iluminar adecuadamente la participación y corresponsabilidad de los fieles en la preparación de la próxima reunión episcopal en nuestro continente.

### ***Para una lectura creyente del acontecimiento***

La fe nos capacita para acoger y entender la V Conferencia como un verdadero don del Amor de Dios a su Iglesia. La respuesta que corresponde al creyente ante tal don es recibirlo con humildad y gozoso agradecimiento, junto con una confiada súplica al Espíritu Santo para que este don sea fecundo para toda la Iglesia y, en particular, para nuestro Continente. La fe se convierte así en una clave fundamental para situarse ante la V Conferencia General y, en concreto, también ante el *Documento de Participación*. La fe nos coloca en las coordenadas

<sup>5</sup> El siguiente párrafo, que corresponde a las *Confesiones* de San Agustín y donde se refiere al servicio episcopal, encontramos el mismo pensamiento que está resumido en la frase arriba citada: "Por tanto, para decirlo en breves palabras, somos vuestros siervos, siervos vuestros, pero, a la vez, siervos como vosotros; somos siervos vuestros, pero todos tenemos un único Señor; somos siervos vuestros, pero en Jesús, como dice el Apóstol: nosotros, en cambio, somos siervos vuestros por Jesús (2 Cor 4, 5). Somos siervos vuestros por Él, que nos hace también libres; dice a los que creen en Él: si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres (Jn 8, 36). ¿Dudaré, pues, en hacerme siervo por Aquél que, si no me libera, permaneceré en una esclavitud sin redención? Se nos ha puesto al frente de vosotros y somos vuestros siervos; presidimos, pero sólo si somos útiles. Veamos, por tanto, en qué es siervo el obispo que preside. En lo mismo en que lo fue el Señor. Cuando dijo a sus Apóstoles: quien de vosotros quiera ser el mayor, sea vuestro servidor (Mt 20, 26), para que la soberbia humana no se sintiese molesta por ese nombre servil, inmediatamente los consoló, poniéndose a sí mismo como ejemplo en el cumplimiento de aquello a lo que los había exhortado" (*Sermón* 340 A). El concepto "servidor-siervo" de san Agustín ofrece elementos muy importantes para reflexionar sobre la espiritualidad del servicio episcopal desde la perspectiva del discípulo.

más hondas de la comunión y participación, y desde allí dispone nuestro espíritu y nuestra mente para comprender la finalidad de este Documento y realizar los aportes al mismo.

Por eso, el Santo Padre, además de convocarnos para este encuentro, de entregarnos el tema y señalar el lugar donde celebrarlo, nos regala la "Oración para la V Conferencia General de Episcopado Latinoamericano y del Caribe". En efecto, en la *Ficha n. 0*, además de las orientaciones generales para el trabajo que allí encontramos, también podemos leer la motivación que se hace sobre la oración para todo el proceso de preparación de la V Conferencia y, desde ya, también para su celebración. En esa ficha se "recuerda que si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el obrero (cf. *Sal* 127, 1). Por eso, para la fecundidad espiritual de nuestro trabajo, es muy importante que lo abramos y clausuremos con un momento de oración. Para ello, les proponemos invocar la asistencia y la luz del Espíritu Santo en todos nuestros encuentros de trabajo. Oremos también por la V Conferencia General y muy especialmente durante los días de su celebración. Al inicio y al final les recomendamos especialmente la oración que nos entregó el Santo Padre por la VCG. También podemos agregar otras oraciones que les sugerimos para estos encuentros".

Como decíamos, la fe nos permite vivir la V Conferencia como un verdadero don de Dios. Durante el proceso de su preparación, el *DPA* es un instrumento muy importante y, como tal, también debe ser acogido en la fe como un don de Dios. Sería un error si considerásemos este escrito como mero resultado del esfuerzo humano o como un producto más o menos acertado de las diversas reuniones episcopales que lo precedieron y gestaron. Precisamente el don de la fe le permite al creyente "ver" la presencia y acción del Espíritu Santo, que nos libera de la privatización del acontecimiento y nos coloca en ese misterio de circularidad que se gesta en la comunión y nos abre a la trascendencia. Por eso la mirada contemplativa se distingue por la capacidad de asombro, de gratitud y de alabanza, e invita a la humildad y a la acogida. Por eso está bien decir que hemos "recibido" el *DPA*, puesto que también hemos "recibido" el acontecimiento de la V Conferencia General.

Una verdadera actitud de acogida no se contrapone a una mirada crítica. Al contrario, la dispone positivamente para buscar la verdad y



discernir el bien. Disponerse positivamente es tomar como punto de partida una mirada buena sobre la realidad. La bondad, que da lugar a esa "mirada", es propiedad de Dios. Propiedad que Él reveló en la creación y en la redención. Dios Creador tuvo esa mirada: "y vio Dios que era muy bueno". Jesucristo la mantuvo hasta el final: "Padre, perdónalos...". El discípulo de Jesucristo está llamado a "seguirle", aprendiendo a mirar como Él. Este modo de ver acoge, implica, integra, crea comunión, genera solidaridad y supera toda exclusión. Es importante partir con este modo de ver, porque luego cualifica y determina todo el proceso.

El Papa Juan Pablo II, con el paso del milenio, nos invitó a contemplar el rostro de Cristo. Ése es el "punto de partida" al que siempre necesitamos volver para rectificar nuestra mirada. Es precisamente ese punto de partida que nos da la disposición interior y la luz necesaria para ver "desde Dios". El ver de Dios se distingue, como decíamos, por el bien, lo cual no se opone a una profunda "observación crítica". La profundidad crítica de este modo de ver se mide por la bondad. Para ilustrar esto, recordemos las primeras páginas del Génesis y las dos preguntas críticas que Dios dirige al hombre: "¿Dónde estás?" y "¿Dónde está tu hermano?". Estas preguntas surgen de las profundidades de la bondad de Dios. Esta sabiduría de Dios, nos invita a nosotros, imagen y semejanza suya, a aprender de Él su modo de ver y desde esa perspectiva aportar todas las observaciones críticas al *DPa*, que se vieran necesarias y oportunas. Es necesario someter este escrito a la dura prueba del trabajo y de la crítica para purificarlo y completarlo. Pero todo depende del ánimo espiritual que adoptamos para realizar este trabajo. Y ese "ánimo espiritual" lo da la fe, que nos permite ver con ojos de fe estos acontecimientos.

### ***El Tema de la V Conferencia: evolución y definición***

Empecemos recordando los temas de las últimas tres Conferencias Generales y de la Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in America*:

- **Medellín:** "La Iglesia en la actual transformación de América Latina, a la luz del Concilio Vaticano II".
- **Puebla:** "El presente y el futuro de la evangelización en América Latina".

- **Santo Domingo:** “Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana” – “Jesucristo ayer, hoy y siempre” (*Heb 13, 8*).
- **Ecclesia in America:** “Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la Conversión, la Comunión y la Solidaridad en América”.

Notemos que el tema de la II Conferencia General se concentra en las relaciones Iglesia-Mundo a la luz del Concilio. En cambio, la III Conferencia General en Puebla da un paso más y ahonda sobre el tema de la evangelización, es decir, sobre la misión de la Iglesia en el Mundo. Luego, en Santo Domingo, la IV Conferencia General retoma el tema de la evangelización y desde ella reflexiona sobre algunos aspectos fundamentales de su misión en relación con la promoción humana y la cultura cristiana. Aquí es necesario poner atención en la cita bíblica que acompaña al tema: “Jesucristo ayer, hoy y siempre”. Esta cita orientó y centró el tema de la Evangelización en la persona de Jesucristo. Este dato es importante, porque unos años más tarde, la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* colocará explícitamente la persona de Jesucristo como razón fundamental de la vida del cristiano y el punto de partida de toda acción pastoral: “camino para la Conversión, la Comunión y la Solidaridad en América”.

Cuatro años después de la promulgación de *Ecclesia in America*, cuando se empieza a pensar sobre el tema de la V Conferencia, aparece la pregunta inquietante acerca de la identidad católica y con ella, de la plenitud de la vocación y misión cristianas. Con la inquietud de avanzar en el camino de la nueva evangelización, con la VCG se quiere dar un paso más y llegar con profundidad a la persona que se encuentra con el Señor, llegar al sujeto que responderá a los grandes desafíos de nuestro tiempo. Por eso, el eje fundamental del tema de la actual Conferencia pasa por el sujeto discípulo y misionero, por su profunda experiencia de encuentro con Jesucristo vivo y, desde esa identidad, realizar su vocación y misión para que nuestros pueblos tengan vida en Cristo, la misma que el discípulo y misionero suyo experimenta como “Camino, Verdad y Vida”.

Podemos notar la coherencia y progresión que hay en los temas que se trataron en las Conferencias Generales anteriores y con relación al tema de la actual Conferencia: la inquietud sobre la evangelización del continente se mantiene transversal, pero con diversas aproxima-

ciones conforme lo exige cada momento histórico. Con este brevísimo panorama de las cuatro Conferencias anteriores, detengámonos ahora a ver cuáles son los aspectos más importantes en la evolución y definición del tema de nuestra Conferencia.

El tema de la V Conferencia, así como lo conocemos actualmente y que nos lo ha dado el Santo Padre, tiene su propia historia. Después que en la Asamblea Ordinaria del CELAM del año 2001 se propusiera la idea de celebrar una VCG y de haber tenido una acogida favorable por parte del Santo Padre, se inició el proceso de reflexión sobre la temática que debería abordarse. La búsqueda, elaboración y definición del tema fue resultado de un amplio diálogo episcopal, y se ha vivido como un don acogido en la comunión y colegialidad *cum Petro et sub Petro*. Su formulación se fue perfilando progresivamente en varios encuentros episcopales, en todos ellos con un amplio consenso entre los participantes.

El momento determinante para definir la propuesta del tema fue la celebración del 25º Aniversario de Puebla. Con ese motivo se celebró un encuentro de Presidentes de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe, la Presidencia y los Directivos del CELAM, con la participación del Cardenal Giovanni Battista Re y Mons. Luis Robles Díaz, Presidente y Vicepresidente respectivamente de la Pontificia Comisión para América Latina. En este marco se logró la primera formulación del tema, que fue luego enriquecida en sucesivos encuentros de obispos. Entonces se aprobó como propuesta el siguiente texto: “Discípulos de Jesucristo, en la Iglesia católica, para evangelizar América Latina y el Caribe, al inicio del tercer milenio”. Además, en ese encuentro se identificaron los principales desafíos que justificaban el deseo unánime, expresado por los participantes a este encuentro, de celebrar la V Conferencia. Al mismo tiempo, se esbozaron los primeros contenidos teológico-pastorales para responder a esos desafíos.

El núcleo del tema se centró en el “discipulado” como una propuesta que especifica y profundiza el “encuentro con Jesucristo vivo”. Con este término se quería indicar el sujeto al cual evangelizar. Ese sujeto toma su identidad de su relación con Jesucristo. Este tema quiere profundizar la iniciación cristiana, y con ello fortalecer la raíz de la vida cristiana y su identidad católica. Así mismo, busca fortalecer la identidad de los laicos, de modo que sean coherentes con su fe como

constructores de una sociedad más justa y más fraterna, que privilegia las oportunidades y la calidad de vida de los pobres, en un mundo globalizado.

El discípulo de Jesucristo es un discípulo en comunidad. La dimensión eclesial es esencial para comprender de qué discipulado se trata. Por eso, discípulos de Jesucristo en la Iglesia católica. Hoy, ante la proliferación de ofertas religiosas en el mercado de las religiones, cobra una relevancia particular la identidad católica del discípulo y su inserción viva en la comunidad. Desde luego, también para el diálogo ecuménico e interreligioso es fundamental la claridad de las identidades en aquellos que se disponen a compartir entre sí sus riquezas y diversidades.

El discípulo es para la misión. “Es necesario formar cristianos -se trata de los laicos, hombres y mujeres, de las religiosas y los religiosos, los diáconos, los sacerdotes y los obispos- que evangelicen con *nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión*, a fin de que el Evangelio confiera a la vida y a la convivencia humana su sentido pleno, sea realmente el alma de nuestras familias y el fermento de nuestras culturas, y configure los ambientes y las estructuras sociales”, se dijo en el encuentro de Puebla, recordando el Discurso de Juan Pablo II y *Ecclesia in America*.

El discípulo de Jesucristo ha de ser misionero “al inicio del Tercer Milenio”, en un continente que se consideraba católico y ahora se encuentra en un mundo plural, en el que constata incoherencias de quienes tienen una identidad católica débil y en un mundo en acelerado proceso de globalización, que exige identidades fuertes y capaces de interactuar. Sin embargo, también constata comunidades cristianas como verdaderos lugares de encuentro con Cristo, de oración, formación y solidaridad cristianas y confía en el Señor. Entre los nuevos desafíos reconoce que es necesario superar visiones no trascendentes de la transformación del mundo, rechaza el relativismo moral y el agnosticismo. Siente que es imprescindible impulsar una pastoral que conduzca a un nuevo compromiso con la ética y con el bien común, de modo especial a los católicos que se dedican a la política, a la economía, a la comunicación social y a la empresa. La acción evangelizadora debe tener una influencia más eficaz en el amplio ámbito de los centros

educativos y poner en juego todas sus potencialidades en el compromiso con Jesucristo y con el Reino, con nuevo ardor y entusiasmo misionero<sup>6</sup>.

Los que tuvimos la ocasión de participar en la celebración del 25º Aniversario de Puebla, donde se propuso el tema del discipulado para la V Conferencia, nos sorprendimos por la unanimidad que suscitó en todos esa propuesta. Luego se la sometió a la consideración de los obispos en reuniones regionales y, finalmente, a las 22 Conferencias Episcopales de América Latina y del Caribe. Estos encuentros volvieron a corroborar unánimemente el tema y aportaron algunos aspectos nuevos. Así, hacia abril de 2005 el tema adquirió la siguiente redacción: “Por el encuentro con Jesucristo, discípulos y misioneros, en la comunión de la Iglesia Católica al inicio del tercer milenio, para que nuestros pueblos tengan vida”. Este texto fue presentado al Papa Benedicto XVI a los pocos días de haber iniciado su ministerio de Pastor Universal en la sede de Pedro.

Volviendo al tema, se sabía que esa formulación era muy extensa, pero había la intención de integrar de un modo sintético el contenido básico que se deseaba reflexionar en la VCG. Como se puede observar, el núcleo de esta formulación descansa en el sujeto: “discípulos y misioneros”. La preocupación era llegar a una formulación más breve.

Con ese propósito, la XXX Asamblea Ordinaria del CELAM, celebrada en mayo de 2005 en Lima, ha realizado numerosas aportaciones buscando una formulación más breve que sirviera como lema de la VCG. Esos aportes coincidieron básicamente en las tres siguientes versiones: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que todos tengan vida (*Hech* 1,8)”; “Discípulos y misioneros de Jesucristo para la vida del mundo”; y “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos tengan vida”.

El 11 de julio de 2005, el Presidente del CELAM Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa comunicaba a los Presidentes de las 22 Conferencias de América Latina y el Caribe la noticia sobre el tema que había decidido el Santo Padre para la VCG, con estas palabras: “Lo hago con

<sup>6</sup> *Hacia una V Conferencia*, Puebla de los Ángeles, febrero 2004, nn. 7 al 11.

mucha alegría, porque puedo enviarles una buena y esperada noticia. El día 7 de este mes, en la audiencia que tuve con el Santo Padre en el Vaticano, me comunicó el tema que aprobaba para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: **Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” Jn 14,6.**

De esta manera el Santo Padre acogió las conclusiones acerca de la formulación del temario que aportaron las 22 Conferencias Episcopales de América Latina y del Caribe que componen nuestro Consejo Episcopal, y las de nuestra reciente Asamblea Ordinaria, celebrada en Lima. Su aporte precisó y enriqueció la formulación con la inclusión “en Él” y con la cita de *Jn 14, 6*.

En resumen, los elementos fundamentales de la primera redacción del tema permanecieron invariables: las dimensiones discipular y misionera del creyente que se fundan en la experiencia viva del encuentro con Jesucristo. Las referencias a la pertenencia del discípulo a la Iglesia católica, al momento histórico y al continente latinoamericano pasaron a formar parte de los diversos capítulos del *DPa*.

## II. DOCUMENTO DE PARTICIPACIÓN, ¿DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO?

### *Metodología de participación en la Conferencia General*

En el contexto de las diversas claves de lectura para el *DPa*, tiene su propia relevancia el método participativo. Como sabemos, las Conferencias Generales son un ejercicio de colegialidad episcopal y la participación es una de sus características. Pudiera parecer anacrónico si dijéramos que en la I Conferencia General se practicó una metodología participativa. Estamos más habituados a reconocer la III Conferencia General como modelo de esa metodología y, con razón, porque fue la primera que implicó más ampliamente a las comunidades eclesiales en la preparación de una Conferencia.

Sin embargo, también en Rio de Janeiro podemos reconocer una metodología participativa. No podía ser de otra manera: la participación

era un elemento intrínseco al acto colegial que se convocaba. Entonces, el método participativo se ejercía en el ámbito episcopal, como podemos ver en las indicaciones metodológicas que estableció el Papa Pío XII para la preparación de aquella Conferencia: “Después que cada uno de los sagrados Pastores haya realizado el trabajo preparatorio de examinar el presente estado y estudiar los remedios, se reunirán, en fecha próxima, en conferencia general los representantes delegados de las diversas provincias eclesiásticas y de las circunscripciones misioneras de América Latina...”.

El carácter participativo está en el origen de estas reuniones episcopales y constituye una nota esencial que las distingue. Por eso, no es difícil reconocer esa práctica en las cuatro Conferencias Generales, aún cuando se haya llevado a cabo con modalidades diferentes en cada una de ellas. A continuación hacemos un breve recorrido a través de las cuatro Conferencias Generales anteriores para hacer notar en cada una de ellas las modalidades propias de este método. Y al final, también mostramos cómo está planteado el proceso de participación para la V Conferencia.

## **Medellín**

Para preparar esta II Conferencia, se realizaron reuniones generales previas, donde se exponía la reflexión de equipos por áreas temáticas. El resultado de este trabajo se recogió en el *Documento de Base*. El primer proyecto de este Documento se envió a todos los Obispos de América Latina para que, individualmente y en sus Conferencias Episcopales, pudieran someterlo a estudio y corrección.

## **Puebla**

La primera etapa de preparación consistió en Reuniones Regionales de Obispos, con el fin de recibir iniciativas, hacer un elenco de los principales temas que debía considerar esta Conferencia. El material de esta primera etapa fue sistematizado en una Reunión de Coordinación del CELAM, entregándose luego el resultado a una Comisión redactora. Seguidamente, se envió un *Documento de consulta* a las Conferencias Episcopales y a otros organismos e instituciones, en orden a elaborar el *Documento Base*, “que será sólo un Instrumento de Trabajo para la Conferencia de Puebla”.

## Santo Domingo

Para preparar esta Conferencia se llevaron a cabo dos rondas de Reuniones Regionales. Luego de la primera reunión regional se hizo la *Primera redacción del Documento de Consulta*. Este Documento se estudió en la segunda ronda de Reuniones Regionales, que dio por resultado la segunda redacción, llamada *Instrumento Preparatorio "Elementos para una Reflexión Pastoral en preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano"*. Luego de conocerse el tema de esta Conferencia entregado por el Santo Padre, se elaboró un nuevo Documento Preparatorio, llamado *Documento de Consulta*, y se lo colocó en manos de las Conferencias Episcopales del Continente "con la seguridad de que mediante su divulgación, estudio y profundización va a significar un nuevo esfuerzo en la preparación de la IV Conferencia".

### **V Conferencia General**

Durante el encuentro de Presidentes de Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe, en el mes de febrero de 2004 en Puebla, se elaboró el primer texto "Hacia una V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe", que contenía una breve motivación y justificación del acontecimiento, la formulación inicial del tema, un elenco de los principales desafíos y un primer adelanto de núcleos teológicos y pastorales, con los cuales se comenzaba a desarrollar el tema y responder a los desafíos.

Ese texto fue luego enriquecido en cuatro Reuniones Regionales de Obispos. Con la incorporación de los aportes de esas reuniones, el texto fue enviado a las 22 Conferencias Episcopales de América Latina, cuyas reflexiones y sugerencias fueron recogidas y sintetizadas en el CELAM y enviadas a la Pontificia Comisión para América Latina. Luego de asumir las observaciones que nos envió dicha Comisión, se hizo la redacción final del texto, así como lo conocemos hoy con el título: "Hacia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe - Documento de Participación", con el lema: "Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida" - "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6)".



El *Documento de Participación*, acompañado por un subsidio pedagógico en forma de *Fichas*, se entregó a las Conferencias Episcopales, para que éstas organizaran el estudio del Documento en los diversos organismos nacionales y en las Iglesias Particulares, con la consigna de lograr una participación lo más amplia posible del Pueblo de Dios.

### ***El Documento y las Fichas: un instrumento de participación***

El Santo Padre entregó el tema de la V Conferencia. Las Iglesias de América Latina lo hemos acogido con alegría y ahora estamos empeñados, mediante la animación y coordinación del CELAM, en reflexionar y realizar nuestros aportes al mismo. El centro del Documento es el tema que nos dio el Papa. Por eso, el Documento es un instrumento, no el único, pero sí el más universal, que facilita el estudio y la profundización del tema. Hay otras actividades, que veremos luego y que complementan la dinámica de participación del Pueblo de Dios en la preparación de esta reunión episcopal.

El *DPa* es un instrumento privilegiado y el que abarca más ampliamente a los actores en esta etapa de preparación de la V Conferencia. Su carácter privilegiado y abarcador se verifica en el proceso de su elaboración. En ese proceso señalamos principalmente dos etapas.

Como lo hemos podido ver más arriba, una primera etapa consistió en identificar el tema y elaborar las razones que lo justificaban para plantear la necesidad de una reunión episcopal de esta envergadura. Esto se logró mediante una amplia participación de todos los obispos de América Latina y el Caribe, a través de las Reuniones Regionales, los aportes de las Conferencias Episcopales y en los diversos encuentros de Obispos del CELAM.

La segunda etapa del proceso participativo es la que actualmente transitamos, que consiste en llevar a cabo la reflexión y elaboración de aportes sobre el Documento en las comunidades locales a lo largo de todo el Continente. Éste es el momento más abarcador y universal de la participación en la preparación de la V Conferencia.

Al mismo tiempo, como señalábamos antes, en esta etapa están previstos varios encuentros continentales con el objetivo de profundizar

el tema de la V Conferencia. En este sentido, el CELAM con la colaboración del Pontificio Consejo para los Laicos está programando un encuentro de movimientos espirituales y nuevas comunidades con el objetivo de recoger sus experiencias como escuelas de formación de discípulos y misioneros.

También se está preparando un encuentro de pastoral mariana junto al Santuario de Guadalupe en México, con el fin de ofrecer a la Iglesia del Continente una instancia de reflexión, orientación, oración y celebración, centrada en el misterio de la bienaventurada Virgen María y su presencia viva en nuestros pueblos, con una especial referencia a su misión como modelo, madre y formadora de los “discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. La intención de este Encuentro es abrirle caminos a la devoción mariana de nuestros pueblos, gran riqueza que hemos recibido de Dios, de manera que los sacerdotes, los agentes pastorales y todos los miembros del pueblo de Dios sepan cultivarla, y ella profundice el vínculo de pertenencia a la Iglesia, y vivifique la vida litúrgica, la formación catequética, la vida comunitaria, la acción misionera y solidaria, la evangelización de la cultura, es decir, todas las dimensiones de la vida cristiana.

En la misma línea, están programados dos encuentros con un grupo reducido de constructores y animadores de la sociedad; otro de presbíteros; y otro con expertos sobre el tema de la misión. Ya tuvo lugar un encuentro reducido con periodistas católicos de alto nivel acerca de cómo percibían ellos hoy la vida de la Iglesia. Cabe mencionar también los aportes que están realizando el Centro Bíblico para América Latina (CEBIPAL) y el Observatorio a la reflexión sobre el tema de la V Conferencia, ambos organismos del CELAM, con varias ediciones ya publicadas. Mediante estos encuentros y actividades se busca profundizar desde diversas perspectivas el tema de la V Conferencia y editar respectivas publicaciones para enriquecer la preparación de este importante evento episcopal.

46 Aunque parezca obvio, conviene recordar que la estrategia participativa no es el objetivo que se persigue con la V Conferencia. A través de cada paso en el camino de preparación a este encuentro, se quiere desencadenar, ante todo, un gran proceso espiritual de conversión que se traduzca en una eficaz acción misionera. Por eso, en las *Fichas* se

sugiere que cada encuentro de trabajo sobre el *Documento* se introduzca con un momento de oración y se lo viva como una oportunidad extraordinaria de conversión profunda, que lleve a vivir con mayor entusiasmo y coherencia nuestra identidad y misión como católicos, discípulos y misioneros de Jesucristo, para transformar el mundo construyendo el Reino.

### **Las Fichas de trabajo**

Estas fichas fueron elaboradas para acompañar y hacer más accesible el trabajo de reflexión sobre el *DPa*. Son 18 fichas y siguen el orden temático del Documento. La *Ficha n. 0* sirve de introducción a la dinámica del trabajo con las fichas. En esta ficha encontramos los elementos básicos de introducción al Documento y las propuestas pedagógicas para el desarrollo de los encuentros de trabajo.

Todas las fichas tienen una estructura muy similar: el título de la unidad temática con referencia a los numerales del Documento; un breve resumen del tema que trata en esos numerales; los objetivos que se propone para la tarea; una oración que está en relación inmediata con el tema propio de esa ficha; una propuesta sobre cómo desarrollar el tema; y unas pautas o preguntas para suscitar el diálogo entre los participantes. Los resultados de ese intercambio se enviarán como aportes al *DPa*.

## **III. LAS PRINCIPALES CLAVES DE LECTURA**

### ***El encuentro con Jesucristo: identidad, vocación y misión***

Nos toca vivir en medio de cambios tan formidables y profundos que comprenden y afectan al ser humano en sus mismas raíces, a sus sentimientos e ideas, a sus valores y a su identidad, a sus leyes y costumbres; en consecuencia, a su memoria y a sus instituciones; en fin, nada de lo que es humano escapa al cambio. En toda época de profundo cambio, la pregunta inquietante que emerge y se instala en el corazón humano tiene que ver con su identidad, su vocación y su misión: ¿quién soy, de dónde vengo, hacia dónde voy? ¿qué es la verdad? ¿quién es el

otro? Preguntas en torno a la felicidad, la muerte, el dolor, el sentido de la vida...

Por eso, el primer capítulo del *DPa* se abre con el título “El anhelo de felicidad, de verdad, de fraternidad y de paz”, constatando que “en lo más hondo de nuestro ser, hay hambre de amor y de justicia, de libertad y de verdad, sed de contemplación, de belleza y de paz, ambición de plenitud humana, ansias de hogar y fraternidad; deseos de vida y felicidad”. En seguida, se afirma que como cristianos no podemos separar esos anhelos de la luz de la fe. La revelación ilumina los anhelos más profundos que Dios puso en nuestro corazón al crearnos a imagen y semejanza suya.

Luego de un breve recorrido por los principales acontecimientos de la historia de la Salvación, el texto nos revela que por el misterio de la encarnación, el Hijo de Dios se hizo nuestro hermano y salvador “pues todas las promesas de Dios se han cumplido en Él”. Él sacia nuestra sed de amistad, siendo nuestro hermano y llamándonos no siervos, sino amigos. El nuevo código de la felicidad son las Bienaventuranzas. El acontecimiento que revela definitivamente el infinito Amor de Dios es la cruz gloriosa de Cristo Jesús. La respuesta a los profundos anhelos de felicidad se encuentra en Él. Así, el cristianismo se expandió por la antigüedad como una verdadera explosión de gozo, como una corriente de fe, sabiduría y esperanza, proclamando la verdad sobre Dios y la dignidad del hombre y de la comunidad.

El segundo capítulo completa el primero. En él se reconoce con gratitud la llegada del Evangelio a América Latina y el Caribe. Las dos partes de este capítulo presentan el encuentro con Jesucristo vivo. En la primera parte se reconoce la bendición que recibieron nuestros pueblos por el encuentro con Jesucristo vivo. La presencia de la Virgen de Guadalupe, el ejemplo de quienes plantaron la vida cristiana en nuestros pueblos latinoamericanos, los intrépidos luchadores por la justicia y evangelizadores de la paz, son motivos de gratitud porque a través de ellos se abrió camino en el continente la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Aún cuando “la Evangelización, como tarea humana, está sometida a las vicisitudes históricas, pero siempre busca transfigurarlas con el fuego del Espíritu en el camino de Cristo, centro y sentido de la historia universal, de todos y cada uno de los hombres”, recordaba el Documento de Puebla (n. 6).

En la segunda parte de este capítulo, se agradece el signo actual más notable: el crecimiento del número de quienes se encuentran con Jesucristo y se comprometen con Él, por eso reconoce en el título de esta segunda parte una Iglesia viva, fermentada por la experiencia de la gracia de Dios. A continuación, los párrafos dan cuenta de los signos de una Iglesia viva, con una particular gratitud al Papa Juan Pablo II, como hombre de Dios, por su fecundo Magisterio, su testimonio y su presencia en nuestros países. Más adelante se comprueba que la fe en Dios pertenece al patrimonio de nuestros pueblos; crece la vitalidad de la fe en quienes participan en las gozosas celebraciones litúrgicas y en la vida de las parroquias, de sus comunidades de base, de los movimientos eclesiales y de otros itinerarios de iniciación y formación cristiana. Siguen creciendo las manifestaciones de la piedad y la religiosidad populares, el amor a la Santísima Virgen, la devoción al Santo Padre, hay referencias positivas al compromiso de incontables laicos, al abnegado ministerio y formación de los diáconos permanentes, al desarrollo de la pastoral de juventud y vocacional, a los planes pastorales de la familia, de los presbíteros, de la pastoral social y la opción preferencial por los pobres; al esfuerzo por despertar en los pastores y en los laicos el espíritu de comunión, participación y corresponsabilidad; al compromiso creciente con el autofinanciamiento de nuestras Iglesias particulares; a las iniciativas del diálogo ecuménico e interreligioso. Esta constatación de las fortalezas se realiza con un profundo sentido de gratitud y reconocimiento como un don del Amor de Dios que "hemos recibido gracias al espíritu misionero y solidario que nace entre quienes han recibido la gracia de experimentar el encuentro con Jesucristo, vivo Evangelio del Padre, el gran amor a la Virgen María, que nos precedió por los caminos de la fe, la esperanza y el amor y tantos otros dones de Dios".

Estos dos primeros capítulos recogen, por una parte el desafío de las preguntas fundamentales que inquietan hoy al ser humano en medio de una época de profundo cambio y, por otra parte, recrea la memoria cristiana y católica, mediante la cual hemos recibido el anuncio de Jesucristo vivo, verdadera respuesta a los anhelos más profundos que se agitan en el corazón humano.

Por eso, el encuentro con Jesucristo es la clave principal para comprender de qué se trata cuando hablamos de discípulos y misioneros. El encuentro con Jesucristo vivo es la clave principal para

comprender la identidad, la vocación y la misión del hombre. Ser discípulo y misionero es responder al llamado de Jesucristo para ir al encuentro con Él y experimentar vivamente que, a partir de ese encuentro, adquieren respuesta los interrogantes más profundos de la existencia humana. Ser discípulo y misionero de Jesucristo es descubrir y madurar en plenitud la identidad, vocación y misión humanas. Ser discípulo y misionero de Jesucristo es la propuesta para vivir en plenitud la condición humana.

Esta clave de lectura nos abre el camino hacia el capítulo central del *DPa*, cuyo título es: "Discípulos y misioneros de Jesucristo", que se nos convierte en la clave central para la lectura del Documento.

### ***Discípulos y misioneros de Jesucristo***

Discípulos y misioneros de Jesucristo es la clave central para la lectura del *DPa* y al mismo tiempo el título del tercer capítulo. Hacia él confluyen los demás capítulos buscando una respuesta a las preguntas inquietantes sobre la existencia humana; y desde él parten con una experiencia nueva que ilumina y da sentido a la vida del ser humano. El secreto de la clave central está dada en la experiencia del encuentro con Jesucristo, que transforma al que lo vive en discípulo y misionero suyo. El fundamento del discipulado y la misión es el encuentro con Jesucristo.

Para una mejor comprensión de esta clave de lectura es necesario detenerse en cada una de las cuatro partes de este capítulo: a) Por el encuentro con Jesucristo vivo, discípulos y misioneros suyos; b) Discípulos de Jesucristo; c) Discípulos en comunión eclesial; y d) Discípulos para la misión.

Varios párrafos describen la experiencia del discípulo que se encuentra con Jesucristo, desde el llamado personal que le hace Jesús y la respuesta creyente y amorosa que lleva al discípulo a configurarse con él; esa experiencia lo vincula inmediatamente a una comunidad de fieles, en la que discierne luego cuál es su misión en la Iglesia y en la Sociedad. Más adelante se señala la importancia de vivir con fidelidad el seguimiento del Señor a través de la vivencia sacramental, que consiste en el Bautismo, que junto con la Confirmación y la Eucaristía constituyen



los sacramentos de la iniciación cristiana. Una explícita referencia a la Eucaristía, fuente y cumbre del encuentro del discípulo con Jesucristo vivo, y al sacramento de la Reconciliación, mediante el cual por Cristo, nuestro único Mediador y Salvador, renueva por obra del Espíritu Santo la Nueva Alianza, reincorporándolo a la celebración de la Eucaristía y enviándolo nuevamente a ser sal de la tierra y luz del mundo.

### ***En comunión eclesial***

La comunión eclesial es una dimensión esencial de la identidad y misión del discípulo. Esta comunión nace del llamado y el amor predilecto de Jesucristo por sus discípulos y crea entre ellos la comunión fraterna. Esta comunión se concreta y visibiliza en la Iglesia, que sigue la voluntad del Maestro, bajo la guía y en espíritu de comunión y obediencia hacia Pedro y los sucesores de los apóstoles.

El discípulo de Jesucristo es un discípulo en comunidad. La dimensión eclesial es esencial para comprender de qué discipulado se trata. Por eso, discípulos de Jesucristo en la Iglesia católica. La época de cambio que nos toca vivir, con sus desconciertos, vacilaciones y ambigüedades nos exige precisar con especial cuidado la identidad católica del discípulo. Ante la proliferación de ofertas religiosas en el mercado de las religiones, cobra una relevancia particular la identidad católica del discípulo y su inserción viva en la comunidad. Desde luego, también para el diálogo ecuménico e interreligioso es fundamental la claridad de identidades en aquellos que se disponen a compartir entre sí sus riquezas y diversidades. El discípulo madura su vocación cristiana en la comunidad, con un compromiso activo en ella, descubriendo la riqueza y la gracia que encierra ser miembro de la Iglesia Católica. La inserción real en la comunidad y “no poder vivir sin el domingo” es algo que debe distinguir también en nuestro tiempo a los fieles cristianos.

### ***Al inicio del Tercer Milenio***

El capítulo cuarto es un esfuerzo por “abrir los ojos a la realidad del mundo y de la Iglesia” desde la perspectiva de fe. Es una lectura creyente de la realidad que se abre a la voz de Dios “que nos habla a través de los acontecimientos y de las situaciones por las cuales atravesamos en nuestro peregrinar”. La finalidad a la que tiende esta visión

crítica de la realidad, es abordar los desafíos nuevos y urgentes que vive la Iglesia en América Latina y el Caribe en la hora actual, para buscar y acordar juntos líneas pastorales que orienten y animen la identidad católica de nuestros pueblos, y den un nuevo y fuerte impulso evangelizador a todo el continente.

Este capítulo está subdividido en cuatro partes: a) vivimos en medio de los dolores de parto de una nueva época; b) la globalización, un desafío para la Iglesia; c) las esperanzas y las tristezas de nuestros pueblos nos interpelan; y d) los católicos y la Iglesia, también ante otros desafíos.

Este capítulo es un esfuerzo por remar mar adentro de la realidad con toda la complejidad que ello implica. Aquí es importante que señalemos cuál es el espíritu que nos anima al adentrarnos en este campo. Ante todo, es preciso decir que esta mirada parte desde la fe, es decir, es una mirada creyente sobre la realidad. Esta perspectiva no desestima los instrumentos de análisis científico, muy útiles para objetivar los complejos fenómenos de la realidad, sino que los convierte en servicios en la medida que ayudan a comprender esos fenómenos desde la fundamental perspectiva de la fe. Esta perspectiva ofrece una iluminación que va más allá del mero análisis racional de la realidad, que por cierto no lo desconoce, al contrario, lo valora, asume y trasciende. Así, la razón se ve iluminada con la luz de la fe.

Por ello, el creyente que realiza el ejercicio de “ver” la realidad, no puede dejar de verla como creyente. Su experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, su pertenencia viva y activa en la Iglesia, conforman su identidad católica, de tal manera que su ver, juzgar y obrar en ningún momento del proceso pueden prescindir de la luz de la fe. La primera nota que distingue el modo de ver creyente es la acogida. El creyente recibe el mundo, la realidad, como un don, por eso su “ver” es un ver desde su identidad de imagen y semejanza de Dios. El discípulo aprende a ver la realidad en el encuentro con Jesucristo, se esfuerza por mirar el mundo como Él lo mira, de amarlo como él lo ama. El más alto grado de visión crítica de la realidad se adquiere junto al Crucificado. La Mesa de la Palabra y la Mesa de la Eucaristía son para el creyente la escuela donde se aprende a ver la realidad acogiéndola como un don, a discernirla y luego comprometerse a transformarla para que responda al querer amoroso del Creador.



Desde esta perspectiva podemos volver a leer los subtítulos de este capítulo y notar que en sus enunciados se transparenta ese mirar creyente del discípulo. Por ejemplo, comprenderse que vivimos en medio de dolores de parto, es acoger con esperanza el advenimiento de los tiempos nuevos que se manifiestan en tantos fenómenos positivos y, al mismo tiempo, reconocer los dolores como señales que amenazan con ahogar ese advenimiento de vida nueva. Los párrafos que tratan sobre esto son ilustrativos sobre todo por la descripción de los principales fenómenos que caracterizan nuestra época y, entre otros, justifican la realización de la V Conferencia General.

Un apartado propio se dedica a la globalización, como un fenómeno real y complejo, valorado primero en sus aspectos positivos. Sin embargo, “como toda criatura gestada por el hombre, la globalización será aquello que nosotros hagamos de ella”. Entonces la mirada crítica sobre este fenómeno parte de “nuestra cosmovisión cristiana que nos aproxima al fenómeno de la globalización desde los criterios fundamentales de la dignidad humana”, y ésta se mide por el Amor de Dios, cuya medida es el Amor sin medida manifestado por Cristo Jesús.

“Las esperanzas y tristezas de nuestros pueblos nos interpelan” es otro subtítulo donde encontramos una mirada que reconoce grandes esperanzas en nuestros pueblos, por una parte, y dolorosas tristezas por otra, que continúan agobiando a grandes sectores de pobres en nuestros pueblos, que “retardan e imposibilitan hasta ahora los procesos de integración en Latinoamérica y el Caribe” (n. 139).

Por último, en el apartado sobre “Los católicos y la Iglesia, también ante otros desafíos”, “constatamos nuestras propias debilidades”. Por ejemplo, se señalan amenazas erosivas al substrato católico de nuestra cultura, “lo que debilita la presencia evangelizadora de la Iglesia y carcome algo medular del patrimonio espiritual y moral de América Latina y el Caribe”.

En este apartado se da espacio a un fenómeno relativamente nuevo entre nosotros que se manifiesta en “una mentalidad que en la práctica prescinde de Dios en la vida concreta y aún en el pensamiento, dando paso a un indiferentismo religioso, un agnosticismo intelectual y a una autonomía total ante el Creador”. En esa línea se constata “que emerge

con renovada fuerza un laicismo militante, que niega a los creyentes la posibilidad de manifestarse públicamente”. La presencia de la Iglesia en el continente ha realizado “desde sus inicios un amplio camino evangelizador”, que ha fortalecido la comunión eclesial, ha promovido un diálogo más abierto con el mundo y ha motivado la creciente participación de los laicos en la construcción de la Iglesia y, al parecer en menor grado, en la configuración del mundo mediante su compromiso sociopolítico”. En los párrafos siguientes se mencionan otros desafíos que interpelan la responsabilidad, el testimonio y la coherencia cristiana de los discípulos del Señor. También da cuenta de la fuerte disminución del número de católicos en los últimos diez años, entre otros temas, que reclaman un mayor ardor evangelizador y nuevas iniciativas pastorales de parte de los católicos.

### ***Para que nuestros pueblos en Él tengan vida***

Este es el título del último capítulo del *DPA* y completa la segunda parte del tema de la V Conferencia: “Discípulos de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. Recordemos que pertenece al Papa Benedicto XVI la inclusión “en Él”, con lo cual enriqueció la redacción del tema que se le había propuesto. Esa inclusión, más la cita de bíblica “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (*Jn* 14, 6), también añadida por el Santo Padre, confiere una consistencia interna muy fuerte a la identidad y la misión del discípulo y misionero. Así como la identidad del discipulado se define en el encuentro con Jesucristo y la inserción viva en la Iglesia, también la identidad de su acción evangelizadora y de su compromiso con la transformación de las realidades temporales según los valores del Evangelio se define en tanto en cuanto se realizan “en Él”, con Él y por Él. El compromiso del discípulo para transformar el mundo construyendo el Reino para la vida de nuestros pueblos tiene su fuente, su centro y su culminación en Él.

Aquí viene bien detenerse brevemente en la persona de Jesucristo y en el Reino que fue el centro de su predicación. Podemos observar que el tema de la V Conferencia y su desarrollo en el *DPA*, privilegia ampliamente la persona viva de Jesucristo, la experiencia original y única del encuentro con Él, constitutiva de la identidad y misión del discípulo, pero casi no aparece el Reino que Él vino a anunciar y a instaurar. Estamos ante una laguna importante en el Documento, que tenemos que subsanar con la tarea de los aportes.

Sin embargo, me permito señalar que la construcción del Reino de Dios, que consiste en la enorme tarea que se propone en el tema: “para que nuestros pueblos en Él tengan vida”, es el “Reino de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (*Rm* 14, 17), es el Reino de Dios que está cerca (cf. *Lc* 10, 9) y el que fuimos enviados a proclamar y construir como discípulos y misioneros de Jesucristo (cf. *Lc* 9, 2). Este Reino tiene su raíz, fuente y cumbre en el encuentro con Jesucristo y es el fundamento del discipulado y la misión. El Reino sin Jesucristo se vuelve ideología. Jesucristo sin el Reino se convierte en espiritualismo superficial y estéril. Desde esta perspectiva, cobra una importancia determinante la inclusión “en Él” que el Santo Padre colocó en la segunda parte del tema: “para que nuestros pueblos en Él tengan vida”.

Puesto que la predicación y construcción del Reino es una consecuencia necesaria del encuentro con Jesucristo vivo, ese encuentro con Él, vivido en la comunión y misión de la Iglesia, en la cual estamos llamados a ser discípulos y misioneros, nos previene tanto de la ideologización como de una falsa espiritualidad.

### ***Hacia la misión continental***

La misión continental forma parte del conjunto principal de claves de lectura del *DPa*. La primera propuesta de redacción del tema (febrero de 2004): “Discípulos de Jesucristo en la Iglesia Católica para la Nueva Evangelización de América Latina y el Caribe al inicio del Tercer Milenio”, reflejaba la intención de dar un nuevo impulso a la evangelización en el continente. Este deseo inicial fue tomando fuerza en la medida que se avanzaba sobre la reflexión en torno al tema, los núcleos temáticos y los desafíos. Pronto se empezó a hablar sobre una “gran misión continental” que sería convocada en la V Conferencia General.

El texto del tema, tal cual nos lo entregó el Santo Padre, recoge explícitamente la dimensión misionera que quiere distinguir la V Conferencia General: “discípulos y misioneros”. La nota evangelizadora del “discípulo de Jesucristo”, como aparecía en la primera redacción del tema, quedó más explícita y casi redundante en la expresión “discípulos y misioneros”. Es cierto, como señalaban algunos, que ser discípulo incluye por naturaleza la dimensión misionera. Sin embargo, el lenguaje nos permite rescatar y destacar significados que complementan y

refuerzan los conceptos. Por eso, es oportuna la expresión “discípulos y misioneros” para no dejar lugar a dudas de que la necesidad del tiempo presente nos exige desentrañar y poner en acción todo el vigor y ardor evangelizador que encierra para el discípulo el encuentro con Jesucristo vivo.

La idea de dar un fuerte impulso a la evangelización del continente no es una originalidad exclusiva de esta Conferencia General. Las Conferencias de Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo, también fueron preparadas y celebradas como grandes acontecimientos orientados hacia la evangelización, buscando cada una responder a los desafíos propios de su tiempo. Sus conclusiones y orientaciones pastorales reflejan el espíritu evangelizador que las distinguía a todas. Sin embargo, en ninguna de ellas se planteó la evangelización del continente en términos de una “gran misión continental”. Y en esto consiste la novedad de la actual propuesta sobre una Gran Misión en América Latina y el Caribe, “que los Obispos deseamos convocar en la V Conferencia General, a fin de que nuestra Iglesia tenga realmente ardor misionero”, como podemos leer en la *Presentación* y en la *Introducción* del *DPa*.

Los tres últimos números del Documento están dedicados explícitamente a la misión continental y, como añadido final, se propone en el *Anexo n. 2*, a modo de inspiración, un itinerario misionero, con la intención de “recibir aportaciones que se refieran a la metodología misionera, ya sea confirmando la experiencia expuesta, agregando nuevos elementos, o proporcionando las experiencias de otros caminos misioneros”. Como se puede apreciar, no hay una definición preestablecida sobre qué estilo de misión se llevará a cabo luego de la V Conferencia. Lo que sí tiene un fuerte arraigo intencional, es darle un nuevo y fuerte impulso evangelizador al continente.

## CONCLUSIÓN

Para quienes estamos estudiando el *DPa* y trabajando sobre los aportes es indispensable que tengamos presente estas claves de lectura por dos razones. Una razón es más operativa y tiene que ver con la ayuda que éstas nos dan para una adecuada comprensión del texto, para la reflexión sobre el mismo y para la consiguiente elaboración de

las aportaciones. Pero el objetivo del Documento no se agota en este ejercicio intelectual. Por eso, la otra razón mira al proceso de conversión espiritual de quienes tenemos la gracia de participar en la preparación de la V Conferencia. Esta disposición interior, mientras realizamos la tarea con el *DPa*, nos invita a dejarnos evangelizar, a ser los primeros en sentir la necesidad de que el Señor Jesucristo nos convierta en discípulos suyos y renueve en nosotros el ardor de anunciarlo vivo a nuestros hermanos.

Como hemos visto, no hay duda de que la clave principal para la lectura del *DPa* está en el tema de la V Conferencia. Y al interior del tema, destacábamos la expresión “discípulos y misioneros” como los dos elementos esenciales que configuran la identidad de aquel que fue elegido y llamado por Jesucristo e incorporado a la comunidad eclesial para una misión. Su misión, recordábamos, deberá ser un servicio a la construcción del Reino de Dios “para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. Las otras claves de lectura son como los rayos de una circunferencia que convergen hacia esta clave principal, y en ella se alimentan y dan sentido a los demás temas del Documento.

Probablemente el aspecto más novedoso de esta clave principal se encuentra en la expresión “discípulo”. Con ella se quiere identificar a todo creyente en Jesucristo, y no exclusivamente a los que fueron “sus discípulos”, como comúnmente suele entenderse. En realidad, el empleo de ese término, referido a todos los fieles, ya estaba en uso durante el Concilio Vaticano II<sup>7</sup> y luego el Papa Juan Pablo II lo ha utilizado con frecuencia desde el inicio de su pontificado<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Sin la pretensión de ser exhaustivos, señalamos sólo unas muestras en qué Documentos del Concilio Vaticano II se utilizó la expresión “discípulo(s) de Cristo (del Señor)”: *Ad Gentes*, n. 23; *Dignitatis Humanae*, n. 14; *Lumen Gentium*, n. 10, n. 42; *Gaudium et Spes*, n. 1, n. 88; *Presbyterorum Ordinis*, n. 13; *Unitatis Redintegratio*, Proemio, n. 2.

<sup>8</sup> “Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar” (*Laborem Exercens*, n. 27). “La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la madre de Dios, iniciada con el testamento del redentor en el Gólgota” (*Redemptoris Mater*, n. 45). “El discípulo de Cristo sabe que la suya es una vocación a la libertad” (*Veritatis Splendor*, n. 17).

El párrafo siguiente, de *Veritatis Splendor*, muestra claramente cuál es la llamada y la exigencia del discípulo de Cristo, que en la medida de su fidelidad a Él, se hace

Hay un hermoso texto de la homilía de Juan Pablo II, pronunciada en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe de Ciudad de México, el 27 de enero de 1979, durante la solemne concelebración con los participantes en la Conferencia, donde afirma explícitamente la identidad del cristiano en su condición de discípulo: “¡Salve, Madre de Dios! Tu Hijo Jesucristo es nuestro Redentor y Señor. Es nuestro Maestro. Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos. Somos los sucesores de los apóstoles, de aquellos a quienes el Señor dijo: “Vayan, pues; enseñen a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo les he mandado. Yo estaré con ustedes hasta la consumación del mundo” (Mt 28, 19-20)”. Notemos el modo inclusivo de utilizar la expresión “discípulo”: “Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos”. Con todo, el discipulado, no ha tomado carta de ciudadanía ni en Puebla, ni en Santo Domingo. En su lugar se prefería utilizar los términos testimonio y testigo.

S.S. Benedicto XVI utilizó recientemente las dos expresiones juntas, discípulos y testigos, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. Dijo que esa Jornada “fue un acontecimiento providencial de gracia para toda la Iglesia. Hablando con los obispos de Alemania, poco antes de emprender el regreso a Italia, dije que los jóvenes han dirigido a sus pastores, y en cierto modo a todos los creyentes, un mensaje que es al mismo tiempo una petición: «Ayudadnos a ser discípulos y testigos de Cristo. Como los Magos, hemos venido a encontrarlo y adorarlo»” (*Angelus*, 28 de agosto de 2005).

“discípulo de Dios”: “Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, empezando por los Doce; pero también es cierto que la condición de todo creyente es ser discípulo de Cristo (cf. *Act* 6, 1). Por esto, seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana: como el pueblo de Israel seguía a Dios, que lo guiaba por el desierto hacia la tierra prometida (cf. *Ex* 13, 21), así el discípulo debe seguir a Jesús, hacia el cual lo atrae el mismo Padre (cf. *Jn* 6, 44). No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre. El discípulo de Jesús, siguiendo, mediante la adhesión por la fe, a aquél que es la Sabiduría encarnada, se hace verdaderamente discípulo de Dios (cf. *Jn* 6, 45)” (*Veritatis Splendor*, n. 19).

Además, podemos encontrar referencias a la expresión “discípulo de Cristo”, dirigida a todo creyente, por ejemplo en *Christi fideles laici, Familiaris consortio, Pastores dabo vobis, Vita consecrata...*

Creo que vale la pena destacar las dos referencias pontificias al discipulado como invitación inclusiva a ser discípulos: “Salve, Madre de Dios! Tu Hijo Jesucristo es nuestro Redentor y Señor. Es nuestro Maestro. Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos”. “Ayúdanos a ser discípulos y testigos de Cristo”.

La V Conferencia General es un ejercicio de colegialidad episcopal y un acto de magisterio, realizado *cum Petro et sub Petro*. En esta perspectiva, podríamos decir que para un auténtico ejercicio de esta colegialidad y magisterio es necesario aprender a ser discípulo. Todos estamos llamados a serlo, pero este llamado nos incumbe de un modo especial a los Obispos, que estamos implicados directamente en la preparación y realización de esta Conferencia General. La colegialidad es un verdadero ejercicio de comunión, con el que nos disponemos a escuchar juntos lo que “el Espíritu dice a las Iglesias”. La apertura, escucha y fidelidad en este ejercicio hará más auténtico y fecundo nuestro magisterio.

Por eso, en esta etapa de preparación de la V Conferencia todos los creyentes nos sentimos implicados en estudiar el *Documento de Participación* y realizar nuestros aportes para enriquecer la reflexión sobre los diversos temas que allí se abordan. Por el espíritu que nos anima en esta tarea hacemos nuestra la súplica del Santo Padre: “ayúdenos a ser discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida”.